



DISCURSO DE INCORPORACION a la Facultad de Teología, pronunciado

POR EL PREBENDADO

DON LUIS CAMPINO

Señor Decano, señores académicos:

El 22 de Junio del año 1845 tuvo lugar en Santiago una fiesta de gran solemnidad. Reunidos en la Sala de la Cámara de Diputados, el Decano de la Facultad de Teología, don Rafael Valentin Valdivieso, Arzobispo electo de Santiago, varios miembros de la Universidad, gran parte del clero i numeroso público, se leyó el decreto supremo que erijia la «Academia de Ciencias Sagradas, destinada como decia en un elocuente discurso el señor Valdivieso, su primer Presidente, a formar sacerdotes aptos para defender, en el campo de las letras, los principios del orden cristiano i, por lo tanto, los intereses de la Iglesia.

Esta Academia era como una rama de la Facultad de Teología, llamada a prestar grandes servicios en la formacion intelectual i literaria del Clero de Santiago.

Dos años ántes habia comenzado a publicarse el único periódico religioso de aquel tiempo, órgano del clero de la Arquidiócesis, *La Revista Católica*, i las mejores plumas que colaboraron en esta conocida publicacion, pertenecian a la «Academia de Ciencias Sagradas». Ahí se formaron los que, entónces i mas tarde, fueron los brillantes campeones de los intereses relijiosos.

Al cumplir con lo dispuesto por el Consejo de Instrucción Pública, en su acuerdo de Agosto de 1889, nuevamente vijente, que dispone la lectura de un discurso cuando se incorpore cada nuevo miembro académico a su facultad respectiva i, agradeciendo a la de Teología la eleccion recaida en mi persona, voi a ocuparme de la importancia que tendria entre nosotros el restablecimiento de la antigua «Academia de Ciencias Sagradas».

Pero ántes debo consagrar un cariñoso recuerdo a la memoria de mi distinguido predecesor en este asiento académico. Vosotros conoceis, como yo, sus relevantes méritos. Desde su primera juventud se dedicó con entusiasmo al cultivo de las letras, i solo la muerte vino a interrumpir esta dilatada tarea.

En los diversos campos donde se ejercita la accion del sacerdote, lo hemos visto trabajar con brillo, a pesar de sus prolongados achaques: la prensa, el libro, la predicacion de la palabra divina, el confesionario, la cristiana educacion de la juventud. Todos sus trabajos llevan el sello del celo, de la piedad i del amor a Dios. El presbítero don Rodolfo Vergara Antúnez fué un distinguido sacerdote i un cumplido caballero i, por esto, ha muerto rodeado de jeneral respeto.

I

Cerca de cuatro mil años hacia, a la venida de Jesucristo, que el paganismo en vano buscaba la verdad; mil escuelas, mil sistemas, habian inventado sus sabios para llegar a poseerla: las mas absurdas creencias se habian abierto paso i brillaban

como astros del error en medio de aquella noche tenebrosa; los cultos mas superticiosos no eran solo el patrimonio de las razas ignorantes i envilecidas del Oriente, sino que habian logrado sentar sus reales en el corazon de aquellos pueblos que, orgullosos, llevaban levantada la antorcha de la civilizaci6n. Los filósofos griegos, ávidos del saber, ciudadanos de Atenas, la noble metr6poli de las letras, habian ido a golpear inútilmentelas puertas del santuario de la sabiduría del mundo antiguo, para recoger los restos que aun flotaban de la verdad revelada i edificar la basílica de las ciencias. Los sacerdotes ejipcios, indignos de llevar en sus manos esa ánfora que encerraba tan ricos perfumes, no habian podido conservarla intacta; sus aromas esquisitos se habian desvanecido al contacto de la atm6sfera corrompida de Ménfis i de Tébas.

Lo que la Providencia no habia querido fuera el patrimonio de los mas nobles jenios de la antigüedad jentílica, lo tenia reservado a hombres ignorantes, segun el mundo, para probar así el orijen divino de la verdad. A doce pobres pecadores confió Jesucristo su alto majisterio i, en la persona de ellos, estableció el sacerdocio que, en la sucesion de los siglos, debia proclamarla i defenderla: «Vosotros sois la luz del mundo. Enseñad a todas las naciones».

Bien sabemos cómo la verdad se abrió paso por entre las tinieblas del error, las preocupaciones de la ignorancia, la malevolencia de las pasiones, el orgullo de los poderosos, la ira de los reyes, la soberbia de los sabios i el hacha del verdugo; cómo ese pequeño rayo de luz aparecido en un rincon de la Judea iluminó de repente campos, aldeas, ciudades, desiertos, pueblos enteros; cómo penetró hasta el templo de Júpiter Capitolino, cegó a sus falsos sacerdotes i derribó a los ídolos de su trono secular.

II

Poco tiempo despues el imperio romano caia hecho pedazos. Carcomido interiormente por el exceso de sus vicios, no

pudo sostenerse en pie contra los embates de la invasion que lo azotaba por todas partes.

Cayó con gran estrépito el soberbio edificio, admiracion de las edades; pero en medio de sus gigantescas ruinas se levantaron unos jenios superiores, llamados Padres de la Iglesia, que conservaron los despojos de la antigua civilizacion. Como esas columnas majestuosas que, entre las murallas derruídas, las estatuas mutiladas, los arquitrabes rotos sostienen los admirables restos de los Propileos i el Partenon.

En ninguna época brilló, como entónces, la elocuencia cristiana; en ningun siglo la Iglesia ejerció quizas una influencia literaria i social mas poderosa.

«En el siglo cuarto dice, Villemain, la sublimidad de la elocuencia cristiana parece crecer i animarse en proporcion al decaimiento de todo lo demas. En medio del abatimiento mas vergonzoso de los espíritus i de los caracteres, en un imperio gobernado por eunucos, invadido por los bárbaros, un Atanacio, un Crisóstomo, un Agustin, hacen oír la mas pura moral i la mas alta elocuencia. Su jenio solo está de pie en la decadencia del imperio. Tienen el aire de fundadores en medio de ruinas. Porque, en efecto, ellos eran los arquitectos de este gran edificio relijioso que debia suceder al imperio romano». (Cuadro de la elocuencia cristiana en el siglo IV).

Los despojos del imperio de Occidente fueron la herencia de los bárbaros, instrumento elejido por la Providencia para fundar las monarquías cristianas. La raza ya dejenurada de de los antiguos romanos necesitaba vigorizarse con la sangre de estos hombres de hierro.

Trasformados por el cristianismo, llegaron a ser la gloria de la civilizacion europea: i los adelantos mas atrevidos de la ciencia, los mas gloriosos triunfos de las artes, las mas sublimes concepciones del ingenio fueron, en el transcurso de los siglos, su obra i su corona.

Pero ¡qué desvelos, qué solicitud necesitó la Iglesia para suavizar el carácter de estas nuevas razas, depurar sus costumbres i hacerlas llegar a tan alto grado de progreso!

La madera que mejor resiste a la accion devoradora del tiempo es la destinada a inmortalizar las obras maestras del arte: el artífice siempre escoje aquella que por su dureza presenta mas dificultades para tallarlas i esculpiras. Muchas veces se mella i rompe el frágil instrumento en las hábiles manos, ántes de presentarse a los ojos admirados de la multitud, la estatua que encarna la inspiracion del jenio; esa otra estatua, mucho mas delicada i hermosa, porque es la espresion del ideal cristiano aplicado al individuo, a la sociedad i a la familia, costó al sacerdocio católico mas duras fatigas i mas nobles sacrificios.

La Europa le debe su civilizacion i cultura i con sobrado motivo el protestante Gibbon, en hermoso símil, dice que los obispos i sacerdotes fueron las industriosas abejas que formaron ese panal de rica miel.

III

Nosotros tambien hemos palpado mui de cerca estos beneficios del sacerdocio católico. Al mismo tiempo que los primeros soldados ponian sus plantas en nuestros hermosos valles, se enseñoreaba de ellos la divina enseña del calvario. Junto con esos guerreros venian otros conquistadores.

Al sonido de su voz se conmovió el pacífico habitante del desierto i el altivo araucano; su eco repercutió en los bosques, en los campos, en los ríos, en las montañas. Ellos eran tambien los amigos, los consejeros de los nuevos pobladores; los que, mas tarde, sembraron en el corazon de la ardorosa juventud, junto con la semilla de la fe, las de la ciencia, cuando la humilde ciudad ensanchó sus muros; los que sobresalieron en las artes i en los diversos ramos del saber; los primeros ciudadanos en la república de las letras. Bástenos recordar los nombres de Valdivia, Lacunza, Aldai, Guzman, Molina, Ovalle i tantos otros para ver con cuánta razon la pobre i remota colonia se gloriaba de contar con un sacerdocio piadoso e ilustre.

IV

No quiero recordar lo que ese sacerdocio ha hecho desde entónces hasta nuestros dias. Frescos están sus virtudes i abnegados sacrificios. Solo pregunto ¿cuál será el mejor medio de seguir sus gloriosas huellas i de cumplir así aquel mandato divino *sed la luz del mundo?*

El arte de la guerra; como todas las cosas humanas, cambia i progresa con el tiempo, los lugares i las circunstancias. Turena i Condé no se harian inmortales si hoi emplearan el mismo plan de admirable estrategia que les dió la victoria en Turkeim, i Rocroi. Serian solo miserables vencidos en vez de jenios de la guerra.

Esa milicia sagrada, cuyo jefe es Dios i cuyo estandarte es la cruz, en la conquista del reino de las almas, con la mirada siempre fija en el cielo, ve tambien i observa las posiciones en que mas conviene colocar a sus soldados i las armas cuyo manejo ha de darle la victoria. No es siempre el mismo campo el destinado a fecundar la miés divina, ni los mismos instrumentos de labranza los que debe usar con predileccion el obrero cristiano.

Entre las obras de propaganda católica el libro i la prensa ocupan hoi un lugar mui preferente.

La prensa es aquella palanca con que Arquímedes queria mover el mundo. Como aire tenue, penetra por todas partes, en el taller, en el club, en el hogar, en la choza, en el palacio. Fiel compañera, nos sigue a donde vamos; conversa con nosotros en la soledad; nos entretiene durante los insomnios de larga noche; distrae nuestro espíritu abatido por el pesar o la desgracia, no nos abandona en la pobreza o en el infortunio, nos pone en contacto con los mas grandes jenios que han ilustrado la humanidad; cada dia nos cuenta los sucesos mas notables que se realizan en el mundo. Gota de agua que sin cesar cae, riega la buena o mala semilla, la arraiga, la hace crecer, desarrollarse hasta formar al fin un árbol eleva-

do i robusto. ¡Cuántos bienes, o cuántos males están llamados a producir el libro i la prensa!

V

Ademas, el cultivo de las letras nos proporciona otros consuelos.

Los griegos, que poseian el sentimiento innato de lo bello i, por consiguiente, de lo verdadero, decian que los dioses habitaban las cumbres del Pildo i del Helicon; las nueve musas coronaban con inapreciables dones al feliz mortal que lograba subir sus escarpadas cimas.

Porque, como decia aquel ilustre apasionado de las letras tan favorecido por sus gracias: «El entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditacion las mil voces del coro de la naturaleza; mil visiones peregrinas revuelan en torno de la lámpara solitaria que alumbrá sus vijilias. Para él solo se descubre en una escala inmensa el órden de la naturaleza; para el solo se atavía la creacion de toda su magnificencia, de todas sus galas. Pero las letras i las ciencias, al mismo tiempo que da un ejercicio delicioso al entendimiento i a la imaginacion, elevan el carácter moral.

«Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus errores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son, (despues de la humilde i contenta resignacion del alma relijiosa), el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso».

Todos estos bienes está llamada a realizar la *Academia de Ciencias Sagradas*.

Quiera Dios no tarde el dia de su restablecimiento i que entónces su vida sea próspera i segura.

